

EJÉRCITO, TERRITORIO Y ARQUITECTURA

La experiencia de Alfredo Campos
como militar y arquitecto, 1904–1923

SANTIAGO MEDERO

Presentación

Este trabajo está centrado en la confluencia de dos disciplinas y profesiones, la carrera militar y la arquitectura, ambas encarnadas en la relevante figura de Alfredo Campos (1880–1970), y cómo estas fueron clave para el dominio territorial del Estado. Qué ejército buscaba Campos, cuál debía ser el aporte de los saberes técnicos en su construcción y cómo era su relación con el territorio son las preguntas que recorren todo el relato.

No obstante, el artículo se organiza en dos partes bien diferenciadas. En la primera se analiza la experiencia de Campos en la guerra de 1904, mientras que la segunda se centra en su actuación como director de la oficina de construcciones militares y responsable de buena parte de los edificios castrenses construidos entre 1905 y 1923. En la guerra de 1904, el joven Campos lee el territorio en clave estética y utilitaria al mismo tiempo. Esta doble dimensión, parte fundante de la disciplina-profesión arquitectónica, va a estar presente en su obra posterior, cuya pretensión es transformar el ejército en una fuerza moderna al servicio del Estado, superadora de la organización «gaucha» de los siglos anteriores.

El trabajo se ha construido narrativamente a partir de fuentes primarias. Campos tuvo una especial afición a documentar su experiencia por escrito y, en este sentido, nos ha legado valiosos documentos, como sus memorias de la guerra de 1904, sus recuerdos de la carrera militar e informes técnicos de viajes realizados.

A esta documentación se añaden los documentos gráficos, publicados en diversos medios o presentes en archivos públicos, y las propias obras de arquitectura de su autoría. Todos ellos se analizan en forma cualitativa y crítica para construir un relato histórico que propone una reflexión sobre las relaciones entre ejército, arquitectura, territorio y Estado a comienzos del siglo xx.

Primera parte: 1904, la experiencia de la guerra

Territorio, paisaje y arquitectura

1. Alfredo R. Campos, *Diario de un teniente en la campaña de 1904* (Vol. 1). (Montevideo: Instituto Histórico Militar «Gral. José Artigas», 1999), 29.

2. El diario fue realizado en forma manuscrita durante la campaña de 1904. Campos lo transcribió en 1962. Según dice, el diario «es copia fiel del original llevado a lápiz [...]» (página 9). Las anotaciones realizadas en 1962 se realizaron al pie de página sin alterar, aparentemente, el texto original. En 1999 el Ejército lo publicó en formato libro en tres volúmenes.

3. La guerra civil de 1904 confrontó a las fuerzas del gobierno del Estado, entonces presidido por el dirigente colorado José Batlle y Ordóñez, con un amplio sector del Partido Nacional, liderado por Aparicio Saravia, caudillo y estanciero afincado en el norte del país. La guerra culminaría pocos días después del fallecimiento de Saravia, el 10 de setiembre, producto de un disparo en la batalla de Masoller.

El convoy avanza por la línea a Nico Pérez [...]. Por fin paramos. Estamos sobre un gran puente. Los rieles poco continúan. Más allá es todo gaucho.¹

Son estas las primeras palabras del joven teniente Alfredo Ramón Campos con respecto a un territorio que, durante meses, habría de transitar en busca del ejército revolucionario. Nos situamos en la madrugada del 2 de enero de 1904. Un día antes, nos dice Campos en su diario,² se encontraba en la Escuela Militar. La tranquilidad de la primera jornada del año le permitía concentrarse en tareas académicas: en ese entonces, ya era un estudiante avanzado de la carrera de Arquitectura, en la Facultad de Matemáticas.

Una llamada telefónica rompió el silencio: era el presidente de la República, José Batlle y Ordóñez, quien le ordenó presentarse en las instalaciones de la Guardia del Parque. Pocas horas después, Campos ingresaba al tren que lo llevaría al pueblo de Nico Pérez. Al arribar a su destino, aún no sabía cuál era la situación que motivaba el viaje ni cuál sería su misión. Ignoraba, como no podía ser de otro modo, que se encontraba en las vísperas de la última gran guerra civil en Uruguay.³

La incertidumbre de su empresa se trasladaba al terreno que ahora divisaba: «más allá es todo gaucho». Estas palabras poseen innegables ecos sarmientinos: más allá de la civilización (representada por el tren y la vía férrea), la barbarie, «lo gaucho». En la mirada de Campos, como veremos, esto último adquiriría casi siempre tonalidades negativas. Sin embargo, también está presente

en su diario un sesgo romántico que veía en lo gaucho ecos de un pasado heroico y un halo de misterio insondable, que también se traducía en una mirada *paisajística*. Al día siguiente, por ejemplo, hacía el siguiente comentario:

Vemos las cercanas sierras de Chimbrey, las de Sosa y los lejanos cerros. Para allí iremos seguramente. No deja de ser interesante la aventura, como lo es el paisaje agreste que contemplamos.

¿Qué habrá detrás de las cerrilladas? [...] ¿Qué campamento gaucho nos espera? [...] Tiene todo esto un atractivo de morisma. No sé por qué, se me ocurre que hay algo de ello en esas perspectivas, que recuerda el paisaje rifeño; tienen de él lo misterioso y desconocido y en mucho traen a la memoria las narraciones guerreras marroquíes.⁴

Como es evidente, Campos «veía» a través de sus conocimientos previos; en este caso, a través de su formación literaria. El territorio rifeño tuvo un fuerte desarrollo en la narrativa de lengua española a partir de la guerra hispano-marroquí de 1859-1860.⁵ Aunque no declara sus fuentes, si a lo precedente le sumamos el vínculo familiar e ideológico de Campos con la cultura ibérica⁶ y el hecho de que buena parte de los relatos provienen de observadores militares españoles, podemos asumir que eran estas las fuentes que informaban la mirada del uruguayo.

Territorio, cultura y habitantes se fundían en lo desconocido y adquirirían tonos estéticos de carácter pintoresco.⁷ Dos meses después, cuando la campaña se concentraba en la zona de Rivera, Campos describía los paisajes de la sierra de Aurora con auténticos pasajes líricos:

Rápidas pendientes, profundos valles [...] arroyuelos claros [...] que se deslizan saltando entre las piedras con su cántico eterno; árboles inmensos que forman en las abras de los cerros [...] «grottas» brasileñas y cumbres peñascosas, se asemejan a viejos castillos derruidos, constituyendo inexpugnables fortalezas naturales. [...]

A las 2 y 30 de la tarde nos internamos en esta prodigiosa naturaleza [...] Cerros y promontorios de toda forma y colores, entre una rara flora lujuriosa y con los más variados matices y tonalidades del verde. [Este suelo] es como una Suiza enclavada en un oculto rincón de la frontera.⁸

4. Campos, *Diario de un teniente*, 31.

5. Manuela Marín, «Un encuentro colonial: Viajeros españoles en Marruecos (1860-1912)», *Hispania* 56, 192 (1996): 93-114.

6. Este vínculo se puede rastrear en todas sus publicaciones, pero también en su vida profesional. Campos fue, por ejemplo, el arquitecto del Centro Gallego de Montevideo (1925), una de sus obras más reconocidas.

7. Tomamos la definición de «pintoresco» como categoría desarrollada en el marco de la estética empirista. Pintoresco es aquel «objeto, visión o perspectiva de la naturaleza que merece ser pintado. Se refiere pues a lo natural, al paisaje que, en virtud de alguna cualidad, preferentemente su singularidad, su variedad o su irregularidad, seduce los sentidos» (Carreño, 2000, p. 44). La categoría, con un sentido similar a esta definición, es también utilizada por el propio Campos en sus escritos para describir agrupaciones arquitectónicas o fragmentos urbanos.

8. Campos, *Diario de un teniente*, 141-142.

Las referencias culturales que introducía Campos se ampliaban y abarcaban también las artes plásticas:

Antes de salir el sol, todos los cerros están cubiertos de un tul grisáceo y luego comienzan a colorearse las cimas con un rosado pálido, después un anaranjado [...] y así [...] van tomando las tonalidades más extrañas, desde las más suaves y vaporosas que me recuerdan la paleta de Puvis de Chavannes hasta los rojos violentos y las sombras enérgicas, a medida que el astro sube hacia el cenit.⁹

La descripción del territorio como un cuadro es algo que se repite más de una vez en el diario de Campos. Por ejemplo, en las inmediaciones del paso de Carpintería, el 18 de abril, anotaba:

Mientras me embelesaba ante aquel hermoso cuadro de una riqueza de colores y tonos que traía el recuerdo de alguna paleta andaluza, con sus luces fuertes [...].¹⁰

A la belleza pictórica de ciertos parajes, a los sonidos de un arroyuelo o de los pájaros en un monte, se agrega en el diario la dimensión olfativa. Pero es la putrefacción y descomposición de los cuerpos animales –fundamentalmente caballos– o el olor pestilente del sebo de las lámparas, más que las fragancias naturales, la que tiene una presencia, por momentos invasiva, en su narración.

Al mismo tiempo, como es de esperar en el contexto de una guerra, el territorio se convertía en la base de las tácticas y estrategias, así como en un obstáculo permanente para el avance de las tropas. En contraste con las descripciones del paisaje cargadas de poesía, Campos se sitúa frente a ello como un observador racional y calculador que criticaba en forma permanente las decisiones de los altos mandos del ejército por no suscribir a una estrategia general y previsoras.

De forma práctica, por otra parte, colaboró para poder sortear importantes escollos naturales. En el mes de abril, por ejemplo, se dedicó a diseñar y construir, con algunos colegas, un sistema de balsas para vadear el río Negro. El dispositivo tuvo éxito, aunque Campos se quejó amargamente en su diario por la falta de apoyo y reconocimiento.

9. Campos, *Diario de un teniente*, 144.

10. Campos, *Diario de un teniente*, 168.

Además de observar, diseñar y construir, Campos *registró*. Con base en el mapa de Uruguay de Saturnino Cortesi, publicado y de circulación corriente, Campos, junto al teniente Héctor Marfetán, dibujó las batallas y los movimientos de las tropas (figura 1). Se trata de representaciones *ex post*, puesto que no tenía injerencia alguna en el diseño de las estrategias y tácticas del ejército gubernista. No obstante, señalan una vez más la voluntad de racionalizar y dotar de orden, mediante la abstracción del mapa, las situaciones que vivía y observaba en el territorio.

En un célebre artículo, publicado originalmente en 1983, el historiador suizo André Corboz sostenía que el mapa y el paisaje natural como objeto de contemplación «son dos fenómenos opuestos en sus objetivos y en sus medios, ya que responden a concepciones de la naturaleza fundamentalmente diferentes».¹¹ Por un lado, el mapa –cuya exactitud Corboz considera clave para la consolidación del Estado moderno– es un aliado de las ciencias y de la concepción según la cual la naturaleza es un *objeto* a dominar y explotar. El paisaje, en contraste, es hijo de una concepción según la cual la naturaleza es un *sujeto* con el cual se mantiene una relación intersubjetiva.

Ambas concepciones, generalmente tratadas como opuestas, son parte integral de la personalidad de Campos. Su diario evidencia la fascinación romántica por la naturaleza cuando la descripción de lo que observa, escucha o huele se transforma en imágenes pintorescas o poéticas, al mismo tiempo que actúa como un hombre calculador y racional, capaz de domar la naturaleza y salvar sus escollos, atrapar el tiempo y el caos de la batalla en un artefacto racionalizador y criticar a sus superiores por su falta de organización.

Ahora bien, la perspectiva que combinaba elementos racionales con el idealismo estético y los aplicaba a una lógica del territorio, que se desconocía y luego se aprehendía, no solamente respondía a las características personales de Campos o a su formación militar. Era también fruto de la mirada de una técnica que se construía a sí misma, precisamente, como la combinación equilibrada de ambos puntos de vista: la arquitectura.

Aunque centrados en la dimensión edilicia, los libros que Campos solicitó para poder estudiar mientras la guerra se prolongaba –libros que finalmente consiguió y lo acompañaron durante meses– eran una muestra de ello. Son mencionados en el diario

11. André Corboz, «El territorio como palimpsesto», en *Lo urbano en 20 autores contemporáneos*, ed. Ángel Martín Ramos (Barcelona: Universitat Politècnica de Catalunya, 2004), 29.

L'hygiène dans la construction des habitations privées, de Félix Putzeys, el *Traité d'Architecture* del belga Louis Cloquet y la *Histoire des styles d'architecture dans tout le pays*, de Étienne Barberot. Campos aprendía una ciencia-arte, una técnica objetiva capaz de ordenar las actividades y promover el disciplinamiento del cuerpo, pero también con la pretensión de instruir en «valores» y promover la transformación del espíritu.

El punto de vista pretendidamente científico del higienismo se fusionó con el conocimiento de los estilos artísticos y los preceptos estéticos del carácter y la composición arquitectónica. La observación de ambas dimensiones era una característica general de la disciplina, pero se puede detectar con claridad en la obra posterior de Campos, que solía argumentar funcional y estéticamente cada decisión proyectual. En la segunda parte se analiza cómo estas dos dimensiones, pares dicotómicos reunidos en una unidad (la ciencia y la técnica frente al arte; lo racional frente a lo emocional; lo material frente a lo espiritual), eran claves para definir el entorno habitable del soldado moderno.

En cuanto al problema del territorio, la arquitectura fue *una* de las disciplinas-profesiones encargadas no solamente de equiparlo, sino de dotarlo de cierto sentido y legibilidad. Pero para la consecución de este fin era necesario que el Estado conociera y dominara. Y para ello, entre otras cosas, se debía modernizar el ejército.

Un territorio desconocido e incontrolado

«Desconocido e incontrolado» plantea un punto de vista implícito. El territorio era desconocido, en buena medida, para Campos, un joven montevideano que apenas había incursionado más allá de los límites urbanos de su ciudad natal. Sus diarios denotan que también veía al territorio, fundamentalmente en el norte del país, como algo que el ejército y el Estado no controlaban. Ahora bien, esta impresión quizás tuviera bases objetivas.

José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, entre otros, han señalado las importantes transformaciones territoriales a partir del último cuarto del siglo XIX. Afirman, por ejemplo, que el ferrocarril, medio fundamental para la comunicación eficiente, «había triunfado entre 1884 y 1892».¹² Sin embargo, en 1900 las vías férreas cubrían

¹² José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Batlle, los estancieros y el imperio británico. Tomo 1. El Uruguay del novecientos* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1979), 17.

13. Hugo Baracchini, *Historia de las comunicaciones en el Uruguay* (Montevideo: Udelar, 1981), 140.

14. No se trata de minimizar aquí el aporte del tren en la guerra, especialmente en lo que refiere al flujo de suministros, pero sí de señalar que tuvo un efecto más que relativo en el movimiento de las tropas y que estas debieron enfrentar la campaña a caballo y a pie.

15. Se estableció, de manera informal pero efectiva, que seis departamentos de la república tuvieran jefatura del Partido Nacional. En los hechos, estos departamentos no respondían al gobierno central.

16. Campos, *Diario de un teniente*, 129.

17. El ejército revolucionario, por ejemplo, tuvo un importante cuerpo de sanidad. El ejército sur, en donde actuaba Campos, tuvo apenas un médico entre sus filas, Juan Alberto Eirale. Tampoco contaba con ingenieros de puentes y caminos que ayudaran a elaborar puentes improvisados y otros elementos de utilidad. En el ejército de Saravia, el agrimensor Carmelo Cabrera dirigió exitosamente la construcción de los puentes flotantes sobre el río Negro, además de dinamitar los existentes para impedir el avance de los gubernistas.

solamente 1604 kilómetros lineales¹³ y no existía una comunicación directa con varias capitales departamentales. No es de extrañar, entonces, que el ejército sur, al que pertenecía Campos, luego de llegar a Nico Pérez haya hecho una campaña a caballo y a pie. Recién utilizó el tren el 21 de agosto, más de ocho meses después de iniciado el conflicto (el tren los transportó desde Nico Pérez a Salto, haciendo fuzag escala en Montevideo para saludar a familiares y amigos).¹⁴

Esto no significa desconocer los avances estatales en comunicaciones e infraestructura que se venían realizando y que están ampliamente estudiados y documentados. Implica, sí, relativizar el poder central del Estado en los albores del siglo xx. Si desde el punto de vista político no puede haber dudas, luego del Pacto de la Cruz de 1897,¹⁵ cabe afirmar que todos los documentos y testimonios dan cuenta de un dominio sobre el territorio que está lejos de ser eficiente o incluso, en ciertas zonas, de estar presente.

En el diario de Campos se agrega a ello páginas enteras que dan cuenta de la escasa preparación del ejército, algo que se analiza más adelante. En todo caso, las penurias estaban a la orden del día. La salida desde Montevideo fue tan improvisada que Campos apenas tuvo tiempo de recoger un impermeable y no llevaba arma de fuego. A un mes de iniciada la campaña, anota que seguían viviendo al raso, mientras que el 18 de marzo escribe:

Los soldados, cargados con arma, munición y bártulos, casi desnudos, infectados [sic] de piojos y con los pies descalzos y llagados, barbudos y sucios, marchan cabizbajos.¹⁶

En la descripción de Campos, el ejército no domina el territorio-naturaleza «gaucho», sino que apenas lo sobrevive. La falta de profesionales también era notada y registrada. Faltaban ingenieros para construir y planificar y médicos para tratar y sanar a los heridos y enfermos.¹⁷ Más aún, sus anotaciones de índole social o cultural denotan un territorio profundo al que no ha llegado la «civilización». En la misma sierra de Aurora, Campos encontraba que las

gentes que lo habitan, casi salvajes –a quienes nos allegamos por curiosidad– se esconden despavoridas, ocultando los «gurises» de miedo que se los comamos (!). Hay hombres viejos en aquellos huecos de la sierra que no han vivido sino en el «mato» y en las

«grotas» y algunos de esos seres –sobre todo mujeres– no saben qué es lo que hay más allá de los cerros que rodean el lugar [...].¹⁸

Campos constataba que las fronteras con Brasil y Argentina tenían un estatuto diferente para revolucionarios y ejército: Saravia y los suyos entraban y salían, se abastecían o refugiaban, en los países limítrofes, en una frontera que la propia biografía de Saravia y sus hermanos evidencia como difusa. Pero más revelador que las vicisitudes militares era constatar que cierta parte del territorio uruguayo, en los departamentos norteños, era culturalmente brasileña. Si las incursiones en el territorio dejaban enseñanzas positivas, puesto que, en los días de paz, «solo en una aislada comisión puede encontrarse el motivo de llegar a estos confines»,¹⁹ quedaba

la contraparte desagradable, que produce comprobar que la infiltración e influencia brasileña en esta parte de nuestro país, es inmensa. Idioma y costumbres riograndenses dominan por doquiera y vemos como un fenómeno natural, que las poblaciones y autoridades vecinas sean saravistas.²⁰

El territorio estaba por conquistar definitivamente y el ejército debía ser la vanguardia del Estado. Pero para ello había que crear un nuevo ejército. Para Campos, esto significaba crear un nuevo tipo de soldado, disciplinado y profesional, y dotar a la fuerza armada de una infraestructura y equipamiento acorde con los avances técnicos y de la higiene. Modernizar al ejército requería el conocimiento técnico y especializado de distintos saberes, el militar y otros, complementarios, como la arquitectura. Esto explica por qué en el seno de oficiales del ejército se incentivaba el conocimiento de otras disciplinas y cómo el Estado, de manera paulatina, conquistó efectivamente el territorio sobre la base de una alianza de conocimientos especializados organizados en profesiones.

Gauche y caudillo versus profesional

La mayor parte de las páginas del diario de Campos está conformada por las críticas al accionar del ejército, a su composición, a sus jefes. Al comienzo de la guerra, los líderes de ambas campañas,

18. Campos, *Diario de un teniente*, 142.

19. Campos, *Diario de un teniente*, 156.

20. Campos, *Diario de un teniente*, 156-157. El problema de la infiltración cultural brasileña está lejos de haber sido detectado únicamente por Campos y era un asunto de debate, como se puede observar en las actas parlamentarias de la época.

Justino Muniz, del ejército gubernamental, y Aparicio Saravia, del bando revolucionario, eran comparados con señores feudales, no exentos de grandeza.²¹ Muy rápidamente, este punto de vista mudó hacia cierto hastío con ambos caudillos, especialmente Muniz, su superior. La razón era, según Campos, la permanente improvisación y falta de manejo profesional del ejército.

El 23 de enero, a menos de un mes de iniciadas las operaciones, Campos escribía lo siguiente:

Se marcha sin observación [...], la confianza, el orgullo o terquedad, así como la imprevisión, nos pierde [...]. ¿Y el Estado Mayor, órgano técnico indispensable? Nunca dictó una orden de marcha ni de operaciones, ni informó sobre la situación general, jamás consultó una carta.²²

El ejército «mantiene su composición gauchesca»; se vive aún «la época del caudillo»; «el paisanaje no tiene la menor instrucción, ni la más elemental noción de lo que es su arma».²³ El presidente de la República tampoco se salvaba de sus críticas: «es inconcebible que un hombre de la talla intelectual y de los antecedentes ciudadanos de don José Batlle y Ordóñez haya caído en el error de confiar el mando de dos ejércitos a generales analfabetos,²⁴ más que a militares de carrera».²⁵

Contrastan estas apreciaciones, realizadas a finales de febrero, con las de un mes antes, cuando decía que esperaba que «nuestros ilustrados jefes se harán sentir en esos conglomerados gauchescos».²⁶ Toda evocación romántica a la «grandeza antigua» de la «montonera gaucha» con la que «se hizo la patria»²⁷ quedaba relegada para poner en un primer plano la necesidad del técnico-profesional.

Precisamente, ya hemos señalado la falta de apoyo y reconocimiento que Campos sentía en relación con sus labores técnicas. Señalaba en su diario «la lucha sorda de algunos elementos contra todo lo que signifique técnica o actuación de oficiales de escuela y más si son –como en este caso– universitarios».²⁸ El ejército, en definitiva, estaba muy lejos de ser aquello a lo que Campos aspiraba: un cuerpo disciplinado, movilizado según la razón, la estrategia y, cuando menos, dirigido por militares profesionales, es decir, formados en una academia.

Para beneplácito de Campos, a comienzos de junio Muniz fue finalmente relevado de su cargo. Este, al igual que Saravia,

21. Campos, *Diario de un teniente*, 33–34.

22. Campos, *Diario de un teniente*, 60.

23. Campos, *Diario de un teniente*, 46, 66 y 77, respectivamente.

4. Se refiere a Justino Muniz y Melitón Muñoz.

25. Campos, *Diario de un teniente*, 87.

26. Campos, *Diario de un teniente*, 47.

27. Campos, *Diario de un teniente*, 34.

28. Campos, *Diario de un teniente*, 181.

representaba un anacronismo, un Uruguay que ya no existía (o no debería existir), que no estaba a la altura de su progreso moral e intelectual. El nombramiento del coronel Pablo Galarza como su sustituto le provocó grata impresión, pues «representa la evolución de nuestro adelanto técnico: el profesional de transición».²⁹

Entre esos cuadros militares, los profesionales universitarios debían tener un espacio privilegiado. Lejos de ser campos en disputa, los conocimientos brindados por carreras como medicina, veterinaria, agrimensura, ingeniería o arquitectura eran, como ya hemos señalado, complementos necesarios para la profesionalización del ejército. Incluso Galarza era elogiado no solamente por conocer la «psicología» de los campesinos sino por no estar exento de cultura, por haber estudiado agrimensura. Pero el punto de vista de Campos puede ampliarse. Al final de la guerra, reflexionaba:

Pero los caudillos son [...] individualistas y [...] federales, porque esta idea [...] está más de acuerdo con su mentalidad e intereses. Y no es sólo porque sean blancos o colorados –pues yo los creo idénticos– [...]. Esto está lejos todavía de ser democracia.³⁰

El ejército no solamente debía estar dirigido por profesionales, en lugar de caudillos, sino que no debía responder a un color partidario. Para una democracia madura, tampoco el Estado debía estar dirigido por caudillos. Este punto de vista queda aún más claro en sus *Recuerdos desvaídos*, compilación de diarios personales y de recuerdos de un Campos ya maduro, enfocado en su trayectoria militar.³¹ Los relatos acerca de su juventud muestran a un Campos idealista, crítico de un país que había caído «en el fango del caudillaje» y soportado «las más torvas tiranías»,³² una clara alusión a los gobiernos de Lorenzo Latorre (1876-1880) y Máximo Santos (1882-1886), aunque también al de Julio Herrera y Obes (1890-1894).

Su desencanto con el caudillaje y la conducción de los partidos tradicionales lo llevó a simpatizar con el partido constitucional:

Estaba yo entonces desilusionado de los partidos tradicionales. Malos gobiernos [...] y] la sumisión a caudillos que todo lo resolvían con levantamientos en armas. [...]. Una campaña idealista en la que figuraban muchas de las figuras principistas me atraía [...]. Y en un arranque sincero [declaré] que yo era constitucionalista [...].³³

29. Campos, *Diario de un teniente*, 252.

30. Campos, *Diario de un teniente* (Vol. 2), 123.

31. Los «recuerdos desvaídos» narran su propia vida, desde su niñez hasta marzo de 1934, momento en que fue ascendido a general. De su lectura se desprende que Campos debía llevar un diario. Por lo tanto, los recuerdos incluyen ambas cosas: recuerdos propiamente dichos e impresiones escritas en el momento de los sucesos.

32. Alfredo R. Campos, *Recuerdos desvaídos* (Montevideo: Instituto Histórico Militar «Gral. José Artigas», 1999), 26.

33. Campos, *Recuerdos desvaídos*, 31-32.

Campos deseaba un ejército moderno y sin partido. Y aunque no tuvo un éxito claro en esto último, fue uno de los artífices –no el único, pero sí un personaje clave– de la modernización de la fuerza armada. Ocupó puestos clave desde donde ejerció su influencia. Estuvo fuertemente vinculado a la enseñanza y llegó a ser director de la Escuela Militar en dos períodos (1929-1933, 1936-1938). Su actuación, junto con la de otros colegas, puede calibrarse en el siguiente comentario:

[Hacia 1900, en el ejército] no faltaba algún «gaucho rebelde» [...] o algún ciudadano humillado y también algún compadre de suburbio. ¡Era la época!... decían. Nadie que la haya vivido reconocería hoy la vida austera, correcta y respetuosa del hombre soldado de nuestros días.³⁴

Modernizar el ejército, por supuesto, implicaba, entre otras cosas, disciplinar las almas. Pero la actuación de Campos, aunque relevante, no se reduce al ámbito de la enseñanza. Durante la guerra continuó con sus estudios de arquitectura y poco tiempo después, en diciembre de 1906, obtuvo el título. Dentro del ejército, Campos fue clave para integrar las profesiones militar y arquitectónica (acompañado por otros colegas, como Alfredo Baldomir) y actualizar el ejército también desde un punto de vista de la infraestructura y los equipamientos.

Además de proyectar y dirigir la construcción de edificios clave entre 1905 y 1919, Campos creó la División de Construcciones Militares, que dirigió entre 1919 y 1923. Fue relevado a su pesar y poco después asumió la dirección del arsenal de guerra, puesto clave también para la actualización del armamento.

A continuación, se hará foco en la dimensión territorial y constructiva de la modernización del ejército llevada a cabo luego de la guerra civil de 1904 y que tuvo a Campos como uno de sus protagonistas. Se ha visto cómo esta guerra afianzó sus ideas en cuanto a la necesidad de dicha modernización y el rol que cumplirían las profesiones dentro de ese objetivo. Se analizará a continuación cómo la arquitectura jugó un rol en este contexto y cuál es la relación entre los edificios, las estrategias territoriales y la realización del soldado moderno.

Segunda parte: Campos, arquitecto del ejército

Impulsos modernizadores

En su «Breve reseña histórica del Servicio de Ingeniería y Arquitectura Militar» (1978), publicación póstuma aparecida en el *Boletín Histórico del Ejército*, Campos comienza con una reflexión sobre los alojamientos militares de los siglos XVIII y XIX en Uruguay.³⁵ Rara vez estos eran producto de un proyecto con tal destino y, aun cuando lo eran, sus condiciones de confort eran insuficientes. Todavía a finales del siglo XIX, los criterios para alojar a las tropas eran «anticientíficos», para un Campos que criticaba la costumbre de utilizar edificios creados para otros destinos. Para Campos, esto traslucía que, en cuanto al alojamiento, «no existía un concepto claro sobre las necesidades militares».³⁶

En estos comentarios ya se puede entrever el trasfondo de las intenciones y de la actuación de Campos: modernizar los alojamientos militares mediante la arquitectura. Y esto no fue otra cosa que parte del esfuerzo de la modernización del ejército; en la mirada de Campos, el esfuerzo por transformarlo en una fuerza acorde con los desarrollos del siglo XX, superadora de la organización «gaucha» de la anterior centuria.

La relación más o menos sistemática entre arquitectura y profesión militar cobró una nueva dimensión justo después de culminada la guerra de 1904. Un año después del hecho, el ejército creaba una subsección Arquitectura dentro de la Sección Técnica y nombraba a Campos, quien aún no era arquitecto, como su responsable. Esta oficina, sin embargo, trabajó a la sombra del Departamento Nacional de Ingenieros y luego del Ministerio de Obras Públicas (MOP, creado en 1907), que eran los organismos que oficialmente se ocupaban de las construcciones militares. Aún en 1911, cuando el MOP reorganizó sus oficinas técnicas, una de las secciones de la Dirección de Arquitectura seguía siendo la de «edificios militares».

A pesar de ello, la postura de Campos era que los alojamientos y la infraestructura castrense debían ser planificados y controlados por la propia fuerza. En buena medida, esto era una expresión de la teoría de Guadet, según la cual la arquitectura, en tanto técnica y ciencia, debía fundamentarse en la especificidad programática de los «elementos de composición» específicos, es decir, propios de

35. El escrito está firmado el 18 de setiembre de 1960.

36. Alfredo R. Campos, «Breve reseña histórica del Servicio de Ingeniería y Arquitectura Militar», *Boletín Histórico del Ejército*, 259-262 (1978): 85.

cada programa.³⁷ Finalmente, a pesar de las pretensiones centralistas del *mop*, la oficina de Campos se mantuvo y en 1919 logró reconocimiento legal, lo que significó un logro en la alianza disciplinar-profesional de arquitectura y técnica militar.

Inmediatamente después de asumir el cargo, en 1905, Campos se ocupó del proyecto y realización del Cuartel Garibaldi (hoy Liceo Militar) en el Camino Castro, obra que no llegó a completarse. Luego, bajo el impulso del presidente Claudio Williman –profesor en la academia militar–, se realizaron obras de importancia, tanto desde el punto de vista cuantitativo como cualitativo. En términos de alojamiento, se podría llegar a hablar, de hecho, de una primera etapa (1907-1911) de modernización sistemática de los alojamientos.³⁸

El cuartel de «Blandengues de Artigas», en la avenida Goes (hoy General Flores; figura 2) y la Academia Militar y Escuela Naval en la avenida Garibaldi (hoy sede del Estado Mayor del Ejército) fueron dos obras *ex novo* proyectadas por Campos en este período (1907-1910). Hubo, además, numerosas reformas, ampliaciones y adquisiciones para mejorar las condiciones de habitación en los cuarteles del interior y de la capital, y para dar sede a organismos de conducción o administrativos.

En el discurso que Williman dirige a la Asamblea General el 15 de febrero de 1911, al finalizar su mandato, que Campos recoge en su «Breve reseña», se mencionan –además de las ya nombradas en Montevideo– obras de construcción, reforma y ampliación en Treinta y Tres, Maldonado, Flores, Sarandí del Yi, Batlle y Ordóñez, Santa Clara de Olimar, Puerto del Sauce, Paso de los Toros, Fray Bentos, Florida, Tacuarembó, Durazno, Paysandú y Rivera.³⁹ El ejército ocupaba ahora desde capitales departamentales hasta modestos poblados en todo el territorio nacional, en establecimientos que ahora cumplían con los preceptos de higiene y comodidad requeridos por el soldado moderno.

En la capital, se trataba no solamente de mejorar la infraestructura existente sino de crear nuevos establecimientos en lugares mejor ubicados. La ciudad crecía y las instalaciones antes situadas en las periferias ahora eran céntricas. Alejadas de los campos de enseñanza y entrenamiento, perdían buena parte de su sentido estratégico y eran necesarias nuevas construcciones. En el interior, por otra parte, era necesario establecer la presencia militar y dominar aquel territorio que durante la guerra tanta dificultad

37. Ver: Jacques Lucan, *Composition, non-composition: Architecture et théories, XIXe-XXe siècles* (Lausana: PPUR presses polytechniques, 2009). Especialmente el capítulo noveno.

38. Esta modernización tenía como contexto el conflicto con Argentina por las aguas territoriales y nuevos intentos revolucionarios por parte de los sectores radicales del Partido Nacional.

39. Campos, «Breve reseña», 91.



FIGURA 2. CUARTEL DE BLANDENGUES DE ARTIGAS EN LA AVENIDA GOES (HOY GENERAL FLORES), ALFREDO CAMPOS, 1907-1910 (FOTOGRAFÍA DE 1918).

había planteado, pero también dotar de comodidades mínimas a los soldados. Confort e higienismo serán, de hecho, dos ejes fundamentales de la construcción de los nuevos cuarteles.

En 1913 se creó la 3.^a División del Estado Mayor General, «Construcciones Militares», y se nombró a Campos a su frente. La decisión podría enmarcarse en una política general, de reorganización científica del ejército, que Batlle y Ordóñez había conversado en Europa con Juan Bernassa y Jerez, entonces escolta personal y ahora ministro de Guerra de su segundo gobierno.⁴⁰ En 1914 ingresaba a la oficina el arquitecto Alfredo Baldomir y en 1916 Augusto Vicens Thievent y José Demicheli, ambos estudiantes de arquitectura.⁴¹

En definitiva, se organizó una repartición con los elementos técnicos necesarios para acometer tareas en todo el territorio y

40. Milton Vanger, *El país modelo: José Batlle y Ordóñez 1907-1915* (Montevideo: Arca / Ediciones de la Banda Oriental, 1983), 129.

41. Campos, «Breve reseña», 92.

disputar al MOP la primacía en la planificación de los alojamientos militares. En este período, Campos proyectó y construyó algunas obras de importancia (como el cuartel de caballería del Paso de Mendoza) y elaboró un ambicioso plan de remodelación de casi todos los cuarteles del país, que finalmente no se llevó a cabo.

En marzo de 1918, la Ley n.º 5651 adjudicó a la construcción de cuarteles y la adquisición de terrenos para obras militares un importante monto (un millón de pesos) y conformó la base para un segundo impulso de modernización. La oficina de Campos, ya con el personal adscrito –técnico, administrativo y obrero– adecuado y con el reconocimiento legal obtenido en 1919 en una Ley de Presupuesto, fue la que concentró los encargos y realizaciones, a diferencia del período anterior, de mayor dispersión, incluso dentro del mismo ejército. El año 1919 se considera clave por otra razón: fue entonces cuando Campos decidió hacer un extenso viaje de estudios, cuyo objetivo fundamental era el estudio de los alojamientos militares en países de América y Europa.

El viaje 1919-1920

En sus *Recuerdos desvaídos*, Campos nos dice que su decisión de viajar fue un acto impulsivo. Se debía tratar de un poderoso anhelo, pues decidió hacerlo en el momento en que la oficina de Construcciones Militares alcanzaba rango legal y él era nombrado como su jefe. Campos entendía este viaje como una posibilidad para perfeccionar sus conocimientos en arquitectura militar, en momentos en que se contaba con una importante suma de dinero para construir. De esta manera, el objeto del viaje fue estudiar

los modernos métodos empleados en las construcciones militares y el adelanto de las ciencias de aplicación que concurren al mejoramiento de los alojamientos de tropas, así como también lo referente a la organización de los diversos servicios técnicos encargados de proyectar y realizar dichas construcciones.⁴²

42. Alfredo R. Campos, *Informe sobre la misión de estudio en el extranjero presentado por el teniente coronel Alfredo R. Campos. Arquitecto-Jefe de «Construcciones Militares»* (Ejército Nacional, documento inédito, 1920), 1.

Desde mayo de 1919 a abril de 1920, Campos visitó Chile, Panamá, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Suiza, Italia, España y Brasil. En cada uno de estos lugares visitó establecimientos e

instalaciones militares (alrededor de noventa en total), escuelas de arquitectura y de artes y oficios (trece), usinas, casas comerciales, constructoras, obras y talleres de producción. Además, se entrevistó con especialistas en temas como la depuración de aguas, fortificaciones e higiene. Todo esto derivó en un extenso informe sobre construcciones militares, que fue elevado al Estado Mayor del Ejército y publicado tiempo después con el título *Observaciones sobre el alojamiento de las tropas y otros edificios militares efectuadas en algunos países americanos y europeos* (1934).⁴³

Escuela militar

El primer edificio que Campos analiza con cierta extensión es la escuela militar en Santiago de Chile, situada entonces sobre la avenida Blanco Encalada (edificio Alcázar, hoy Museo Histórico y Militar de Chile). Sus apreciaciones permiten comprender los factores determinantes que, a la hora de proyectar un edificio de estas características, debían tenerse en cuenta. Estos factores, traducidos a decisiones proyectuales, pueden verificarse en el edificio de la Academia Militar y Escuela Naval de la avenida Garibaldi de Montevideo (1907-1910). La comparación entre ambas obras echa luz sobre cómo entendía Campos la modernización de los equipamientos militares.

La Escuela Militar en Santiago fue proyectada por Victor Henry de Villeneuve, arquitecto francés instalado en Chile. La obra se inició en noviembre de 1887 y culminó en 1901, por lo cual pertenece a una generación anterior a la realizada por Campos. La primera observación del arquitecto-militar uruguayo refiere a la organización general del edificio, en torno a un patio cerrado (tipo claustro). Entiende que se trata de

un sistema inadecuado y en desuso [...] pues además de no poseer todas las condiciones que la higiene reclama, va contra todo sentido de lo agradable y pintoresco que debe primar en locales donde el espíritu debe estar siempre dispuesto a recibir con agrado la carga de toda labor intelectual. Por tanto, no sólo salubridad material se debe exigir en tal ambiente, sino también la higiene mental debe ser cuidadosamente atendida.⁴⁴

43. En este trabajo se utiliza fundamentalmente el informe original por ser más completo que la versión publicada. Este informe se encuentra en la Biblioteca de la FADU.

44. Campos, *Informe sobre la misión de estudio*, 10.

Academia Militar y Escuela Naval

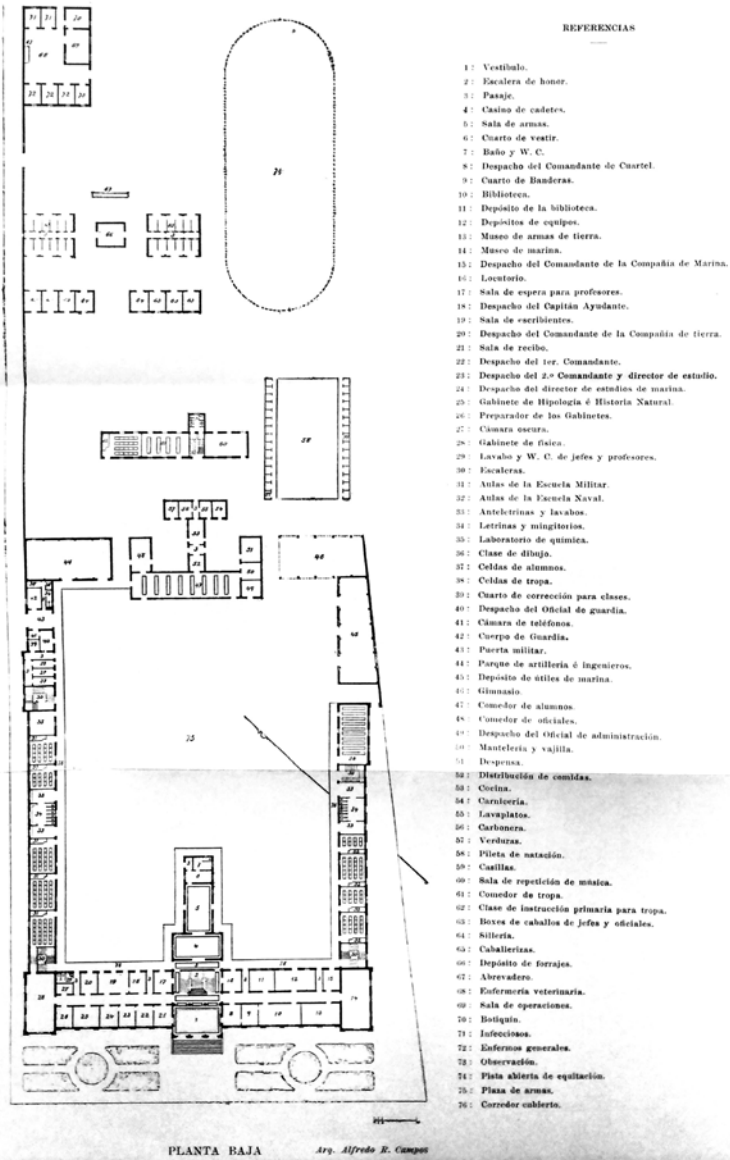


FIGURA 3. ACADEMIA MILITAR Y ESCUELA NAVAL (PLANTA BAJA). ALFREDO CAMPOS, 1907-1910.

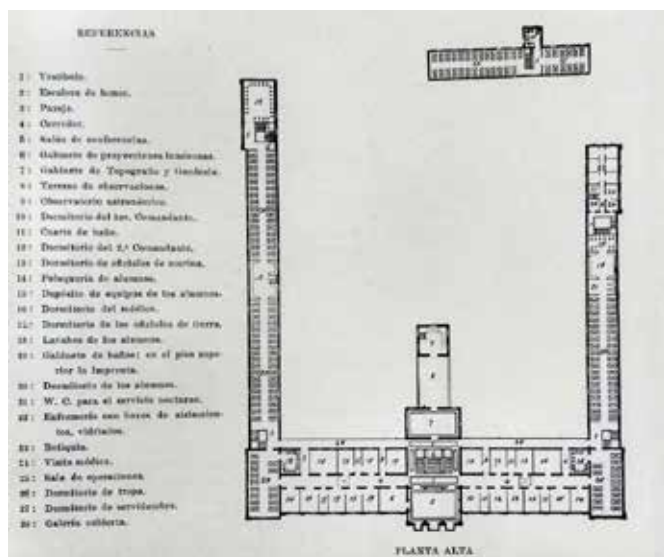


FIGURA 4. ACADEMIA MILITAR Y ESCUELA NAVAL (PLANTA ALTA). ALFREDO CAMPOS, 1907-1910.

El patio cerrado es la nota sombría del edificio que

No tiene la alegría, ni el color, ni la vida que da a estos alojamientos colectivos una amplia plaza arbolada, que contribuye a la tranquilidad moral de los habitantes, pues al hacer más agradable la vivienda, predispone el ánimo a sentirse más adicto al régimen de internato [...].⁴⁵

En la Academia Militar y Escuela Naval, Campos proyecta un edificio en forma de U, que si bien posee un volumen que delimita un patio, este no es totalmente cerrado (figuras 3 y 4). Se trata, además, de un patio con vegetación incluida y de dimensiones más generosas que el del edificio chileno. Campos prefirió proyectar un edificio que ocupara un área extensa, previendo que las necesidades de la institución serían crecientes y demandarían espacio.

Según Campos, es precisamente el tamaño relativamente reducido del edificio de Santiago lo que lo llevaba a depender de servicios ubicados fuera del edificio e incluso de la manzana, calle

⁴⁵ Campos, *Informe sobre la misión de estudio*, 10.

de por medio. El edificio (cualquier edificio) debía ser amplio, dar lugar a modificaciones y ampliaciones, y funcionar como un *organismo* (expresión que Campos utiliza con asiduidad y común en el vocabulario de la época), es decir, una unidad funcional coherente.

En sus críticas y en su propio proyecto, Campos resumía entonces el concepto moderno de los alojamientos militares y marcaba una diferencia con las concepciones anteriores, que, ciertamente, se podría hacer extensiva a todo tipo de alojamiento prolongado o permanente, como hospitales o viviendas. De esta manera, arquitecturas que han sido generalmente tratadas como una unidad conceptual por parte de la historiografía (por ejemplo, bajo la idea del «eclecticismo historicista» o de la «arquitectura académica») evidencian diferencias sustantivas y obligan a un análisis más detallado.

Las observaciones de Campos no se detienen en el partido general del edificio; también realiza juicios negativos sobre aspectos funcionales de este, como la ubicación de la escalera del patio, que concentra las circulaciones en un único punto y «obliga a efectuar recorridos bajo agua en los días de lluvia»,⁴⁶ la superficie insuficiente dedicada a los servicios o la organización de las camas. Estas últimas, colocadas unas encima de otras, son, según Campos, una resolución «antihigiénica» que critica tanto a chilenos como a norteamericanos.⁴⁷

El apunte sobre las camas es una crítica indirecta al área de los dormitorios comunes, algo que evitó en el edificio de la avenida Garibaldi, otorgándoles amplios espacios, en la planta alta de ambos lados largos de la U (figura 4). Además, sus proporciones, rectángulos de escasa profundidad en planta, permitían una ventilación cruzada efectiva (maximizada por la presencia de aberturas con banderolas) y un asoleamiento de cada punto de las habitaciones. El cubaje de aire era otro precepto fundamental del higienismo que Campos siguió en cada una de sus obras.

Las decisiones formales del edificio de la Escuela Militar en Santiago también son censuradas. Las entradas son «simples zaguanes sin grandiosidad y sin expresión»⁴⁸ y a la fachada principal le falta carácter, los dormitorios son forzosamente altos para monumentalizar la fachada, las arcadas del patio están desproporcionadas para la carga que sostienen, las fachadas laterales en rústico no son artísticas ni apropiadas.

En la Academia de Campos, por su parte, los laterales están tratados de igual forma que el frente, que denota su jerarquía con

46. Campos, *Informe sobre la misión de estudio*, 10–11.

47. Campos, *Informe sobre la misión de estudio*, 25. Campos critica esta disposición en las instalaciones de los norteamericanos en Panamá.

48. Campos, *Informe sobre la misión de estudio*, 11.



FIGURA 5. ACADEMIA MILITAR Y ESCUELA NAVAL
(VISTA DEL CONJUNTO). ALFREDO CAMPOS. 1907-1910.

un volumen avanzado en el centro de simetría axial (figura 5). Los «torreones» en el centro y los extremos de la composición denotan el carácter militar del edificio, pero su tratamiento, más sutil y ricamente ornamentado, diferencia al edificio de los cuarteles contemporáneos y posteriores proyectados por Campos (figura 2). El edificio se proyecta con su frente sobre la avenida más importante. Aunque se evaluó la posibilidad de enfrentarse al Bulevar Artigas, en 1907-1909 este no estaba realizado aún y no se contaba con el dato de su futura altimetría, por lo cual se prefirió la seguridad de la avenida ya realizada.

Las decisiones fundamentadas en la perspectiva higienista cumplían un rol central en los edificios proyectados por Campos. En este sentido, las consideraciones comenzaban con la propia elección del terreno, que, en el caso de la Academia, Campos estimaba inmejorable, por su alejamiento de las fábricas y hospitales, su entorno rodeado de verde y un subsuelo con una capa freática profunda.⁴⁹ La orientación general del edificio, noreste-suroeste, permitía, además, el asoleamiento de todas las fachadas. Pero las

49. Los fundamentos de Campos surgen de un informe al Consejo de Higiene, parcialmente reproducido en un artículo firmado por «B.» [presumiblemente: Eugenio Baroffio], «Edificio para la Academia Militar y Escuela Naval», *Revista de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos del Uruguay*, 19 (setiembre-octubre de 1909): 299-302.

consideraciones higiénicas llegaban hasta los detalles, como lo revelan las siguientes observaciones:

El [pavimento] de los dormitorios [será] de baldosas de pórtland de color gris claro. Indudablemente este piso no será el desiderátum en materia de pavimentación de dormitorios, porque además de tener juntas, que son depósitos de polvo, es algo frío y tiene el defecto de la condensación del vapor de agua. Pero dentro de un plan económico reducido, es difícil sustituirlo por otro de los que hayan merecido la opinión favorable de los higienistas.⁵⁰

Las opciones tipológicas, como el edificio organizado en una U, eran frecuentes en este tipo de arquitecturas, pero ello no significa que las elecciones fueran arbitrarias. Ya vimos cómo Campos criticaba el partido de tipo claustro, y la elección de pabellones se entendió poco práctica en términos de vigilancia y onerosa. En su Academia optó por un tipo más abierto que una organización claustral pero más compacto que el sistema de pabellones y evitó la disgregación de funciones que observó críticamente en la escuela chilena. Esto satisfacía también la doble dimensión programática de locales escolares para el ejército y la marina, ubicados respectivamente en cada uno de los lados largos, mientras que las estancias de mayor jerarquía se colocaron hacia el frente.

Nuevos cuarteles

A su vuelta del viaje (1920), Campos y su oficina proyectaron nuevos cuarteles y edificios militares, con el presupuesto otorgado por la ley de 1918. En los hechos, la oficina poseía ahora el control centralizado de las construcciones militares, lo que probablemente colaboraba con la elección estratégica de sus localizaciones. En efecto, la ubicación de los cuarteles de artillería y caballería proyectados por la oficina de Campos en Montevideo entre 1907 y 1920 (Prado norte, avenida Goes, avenida Burgues, Pantanos) parecen ser las cuentas de un collar que protege a la capital y se proyecta a partir de ella.

Las necesidades estratégicas también debieron guiar el uso del presupuesto en el interior del país. Entre 1905 y 1910 se remodelaron, ampliaron o construyeron cuarteles en varias ciudades o

50. Informe de Campos reproducido en B., «Edificio para la Academia Militar y Escuela Naval», *Revista de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos del Uruguay*, 19 (setiembre–octubre de 1909): 299.

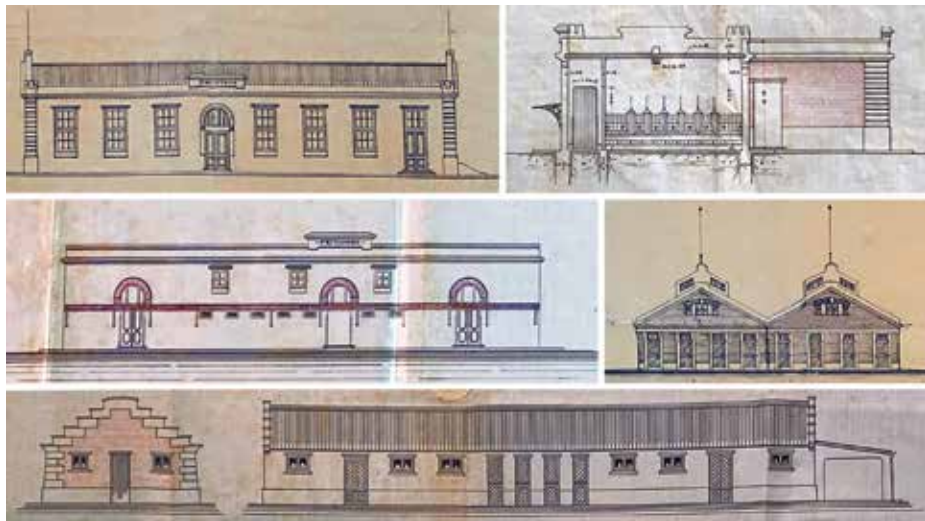


FIGURA 7. PROYECTO DE NUEVOS CUARTELES. DETALLES DE PLANOS CON FACHADAS Y CORTES DE LOS PABELLONES TIPO. DE ARRIBA A ABAJO Y DE IZQUIERDA A DERECHA: ESCUELA-BIBLIOTECA Y COMEDOR-COCINA (FACHADA LATERAL); ALOJAMIENTOS PARA LA TROPA (CORTE TRANSVERSAL); CÁRCEL Y DEPÓSITO (FACHADA FRONTAL); CABALLERIZAS Y ANEXOS (FACHADA FRONTAL); ENFERMERÍA VETERINARIA (FACHADAS FRONTAL Y LATERAL). DIVISIÓN DE CONSTRUCCIONES MILITARES, 1920.

localidades, la mayor parte en el centro del país, en lugares que fueron parte del itinerario del ejército sur en 1904 y en cuarteles fronterizos. Durante el «segundo impulso» (1920-1923) las prioridades parecen haber sido las mismas: se remodelaron y ampliaron los cuarteles de Trinidad, Rivera, Arapey, Durazno, Santa Clara de Olimar, Fray Bentos, Juan Lacaze, Sarandí del Yi y Melo.⁵¹

Los cuarteles de nueva generación, proyectados a la vuelta de su viaje, estaban conformados por un conjunto de pabellones-tipo dispuestos alrededor de una plaza abierta o siguiendo las líneas limítrofes del terreno (figura 6). Es probable que esta resolución buscara abaratar costos y optimizar el trabajo de la oficina de proyectos, mientras las características de los terrenos concretos dictaban algunas particularidades de la disposición general. Sobre el acceso a la calle principal se encontraba el volumen principal: el pabellón de alojamiento para jefes y oficinas. En los flancos y en la parte posterior se ubicaban los pabellones para alojamiento de tropas, comedor-cocina más escuela-biblioteca, prisiones y depósitos.

51. Campos, «Breve reseña», 94 y 99.



FIGURA 8. VISTA DEL CUARTEL DE ARTILLERÍA N.º 1, SOBRE LA AVENIDA DR. SANTÍN CARLOS ROSSI.

Más apartados, fuera del perímetro de la plaza, se ubicaban una serie de pabellones anexos (caballerizas, otros depósitos, etcétera).

Con excepción del pabellón principal, el resto presentaba una arquitectura sencilla, aunque variada. Cada pabellón-tipo era diferente en su resolución formal y material, reafirmando la idea de que cada función debía expresarse de un modo claro y distinto (figura 7). En general predominan las cubiertas livianas y los muros de mampostería, lo que indica una opción por resoluciones baratas pero permanentes y de uso frecuente en el medio.

El pabellón principal, situado sobre el eje de la plaza y con frente hacia la calle, acceso principal de todas las instalaciones, es una construcción de dos niveles cuyas terminaciones evidencian un carácter permanente y de mayor jerarquía con respecto al resto de las construcciones. En su expresión conserva elementos de la tradición militar, pero estos están más atenuados que en proyectos anteriores. Con una resolución formal de alusiones explícitas a la arquitectura militar medieval, el cuartel de Blandengues en

la avenida Goes (hoy General Flores), proyectado y realizado por Campos en 1907-1910, durante la presidencia de Williman, evidenciaba su carácter marcial de forma indisimulada (figura 2). En los pabellones principales, que se pueden observar en los cuarteles de la avenida Burgues o de la avenida Dr. Santín Carlos Rossi (Pantanoso), se conservaron las torres, ubicadas a ambos costados del ingreso principal (siempre conservando la simetría axial), pero estas apenas se destacan como cuerpo y son más bien reconocibles por su remate (figura 8). Por otra parte, Campos se inclinó por un revestimiento de ladrillo visto, cuya percepción brinda mayor calidez al conjunto, en contraste con el revoque utilizado en el edificio de la avenida Goes y sus alusiones a la arquitectura de piedra.

Es posible que esta solución estuviera influenciada por lo que presencié en las más modernas edificaciones de Estados Unidos. De los cuarteles que los estadounidenses habían alzado en Fuerte Amador, Panamá, Campos comenta:

El tránsito de los automóviles y los artísticos faroles que bordean los caminos, completan la impresión de la ciudad jardín modernísima, donde desaparece en absoluto el aspecto carcelario de casi todos los cuarteles del mundo, dando la sensación de desarrollarse allí adentro, una vida de libertad consciente, una especie de escuela de energía y de deber, de orden y de salud, que al principio desorienta a los que hemos concebido el cuartel en forma más austera, o más fría, si se quiere.⁵²

De los cuarteles que la oficina de construcciones del ejército norteamericano estaba proyectando, por otra parte, afirma:

La faz estética de estas agrupaciones militares tiene solución semejante a la ya observada, es decir, el abandono de las formas tradicionales, de espíritu altamente militar y de recia expresión artística, para dar la sensación de conglomerados de habitación colectiva de carácter civil, producida no sólo por la opción de la planta abierta, en lo que atañe a composición de conjunto, sino también por la ausencia de torres, almenados, garitas y demás elemento simbólicos y recordativos de la fuerte arquitectura militar del pasado.⁵³

52. Campos, *Informe sobre la misión de estudio*, 30.

53. Alfredo R. Campos, *Observaciones sobre el alojamiento de las tropas y otros edificios militares efectuadas en algunos países americanos y europeos* (Montevideo: Imprenta de la Escuela Militar, 1934), 37.

Este punto de vista se enmarca en la necesidad de brindar al soldado un entorno agradable a los sentidos, aunque Campos rehúye la posibilidad de abandonar el *carácter*, clave estética para comunicar la institución que alberga el edificio.

Colofón

Se ha recorrido la mirada y la actuación de Campos desde la guerra de 1904 para arribar a una nueva concepción de la disciplina, concebida ahora como algo interior al sujeto, algo que se procesaba en su propio cuerpo-mente. El nuevo soldado en nada se debía parecer a aquel sufrido, que engrosaba las filas de los ejércitos de 1904, aquel cuyo contexto podía ser austero y marcial, pero en cuyo interior –según los relatos de Campos– anidaba la indisciplina. El contexto urbano y arquitectónico, los equipamientos, muebles e instalaciones que rodeaban al soldado, por consiguiente, no debían ejercer una función coercitiva sino, por el contrario, alivianar su peso, brindar confort, alegrar su vida y darle reposo espiritual. Se ha visto que este «programa», que conjugaba técnica y estética, estaba ya contenido en las observaciones del joven teniente y en la propia concepción de la disciplina. De este modo, la arquitectura, a través de la acción de Campos y su oficina, cumplió la misión de instalar al ejército en el territorio al tiempo que pretendió crear y educar un nuevo tipo de soldado, al servicio de un Estado moderno.

Fuente de las imágenes

1. Alfredo Campos, *Diario de un teniente en la campaña de 1904* (Vol. 3), apéndice n.º 4 (Montevideo: Instituto Histórico Militar «Gral. José Artigas», 1999).
2. Intendencia de Montevideo, 1918. Repositorio: Centro de Fotografía de Montevideo (código 01935FMHGE). Tomado de: <https://cdf.montevideo.gub.uy/catalogo/foto/01935fmhge>
3. «Edificio para la Academia Militar y Escuela Naval», *Revista de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos del Uruguay*, 19 (setiembre-octubre de 1909): gráfico anexo.

4. «Edificio para la Academia Militar y Escuela Naval», *Revista de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos del Uruguay*, 19 (setiembre-octubre de 1909): 301.
5. «Edificio para la Academia Militar y Escuela Naval», *Revista de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos del Uruguay*, 19 (setiembre-octubre de 1909): 300.
6. División Construcciones Militares, Estado Mayor del Ejército (DCM-EME). Repositorio: Archivo del Museo Histórico y Departamento de Estudios Históricos del Estado Mayor del Ejército.
7. DCM-EME. Repositorio: Archivo del Museo Histórico y Departamento de Estudios Históricos del Estado Mayor del Ejército.
8. Fotografías de Pablo Canén, 2023.